

y desamparo. Entonces levantarían su corazón al cielo, y dirigiéndose al Padre Eterno le dirían: «Señor, á Ti ha sido abandonado el pobre; Tú serás el ayudador y amparador del huérfano». Pondera particularmente las causas de esta paciencia y paz inalterable de la Virgen en una situación tan apurada. Estas son principalmente la voluntad de Dios, á la cual estaba sujeta incondicionalmente; el ejemplo del divino Hijo que llevaba en su seno, cuya humildad, paciencia y resignación conocía; la compañía de Jesús, con la cual todos los trabajos son suaves y las penas más amargas son dulces; el ejemplo de san José, ya el que debía darle, ya el que del mismo recibía. Imita á esta Señora, hermanando en ti la humildad y pobreza con la paciencia y alegría, y procurando para ti lo peor y más desechado del mundo, llevándolo con paciencia cuando te cupiere en suerte; pues no puede haber mayor suerte que imitar á la Virgen, como Ella imitó á Jesucristo. ¡Oh Virgen santa! También yo os digo, señalándome á mí mismo, *tibi derelictus est pauper*; pobre y miserable, me arrojo en vuestras manos; no me desechéis. Bien merecía vuestro desprecio, habiendo buscado antes que á Vos á miserables criaturas que me cobijaran y me franquearan un lugar en su corazón. Mas conozco mi error y lo ingrato que he sido con Vos. Sin embargo, admitidme, Madre mía, que jamás os dejaré. ¡Oh alma! ¿Cómo llevas las humillaciones y el desamparo de los hombres? ¿Te quejas en tales casos de la Providencia?

Epílogo y coloquios. ¡Oh cuán admirables son los caminos de la divina Providencia! Jesús está para nacer; la Virgen, su Madre, está en Nazareth, y su nacimiento se ha de verificar en Belén. ¿De qué medios se valdrá el Señor para que todo se verifique según sus designios? ¡Oh sabiduría de Dios! El emperador de los romanos da un decreto, por el cual José y María se ven obligados á salir de su ciudad, dirigiéndose á Belén. De este modo, por una parte, Dios ve que se cumplen sus trazas, los hombres tenemos modelos perfectos á quienes imitar, y los ángeles ocasión de ejercitar su ternura y amor con el divino Hijo y su celestial Madre. Mira á esta Señora admirable, con qué prontitud obedece, con qué recogimiento camina, con qué resignación sufre los desvíos de los moradores de Belén, y con qué alegría se recoge al establo, lugar de animales, el más despreciado del mundo, en el cual ni los más pobres habrían querido recogerse. ¡Desgraciados habitantes de Belén! ¡Cuán to os perjudica vuestra ignorancia! Dios y su Madre se ofrecen á ser vuestros huéspedes, y á cobijarse bajo vuestro techo, y los desecháis, y admitís á muchos de quienes poco ó nada podéis esperar. Y tú, alma cristiana, ¿cuántas veces has desechado á tu Dios? ¿Cuántas veces llamaba á la puerta de tu corazón con santas inspiraciones, sú-

¹ Psalm. x, 14.

plicas, remordimientos, y has hecho el sordo? Cuando te has visto despreciado, ¡qué sentimiento! ¡qué quejas tan amargas! ¿Qué harás en adelante? ¿No te abrazarás con los desprecios y desvío de los hombres? Mira á María y á José, y avergüénzate de tu delicadeza: propón imitar sus virtudes, y con humilde confianza pídeles para ti y para los demás.

19.—PURIFICACIÓN DE LA VIRGEN SANTÍSIMA.

PRELUDIO 1.º Transcurridos los cuarenta días desde el nacimiento de Jesús, María fué al templo á cumplir con la ley de la purificación, ejercitando en esto excelentes virtudes.

PRELUDIO 2.º Representate á María cumpliendo este precepto legal.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de imitar las virtudes que te enseña María.

Punto 1.º *María en su purificación dió ejemplos de amor al recogimiento y á la pureza de corazón.*—Pasados los cuarenta días que fijaba la ley ¹ para la mujer que había dado á luz á un hijo varón, salió María de su retiro, y fué al templo para cumplir con la ley de la purificación, ofreciendo, como pobre, un par de tórtolas ó palominos, y pidiendo al sacerdote que rogase por Ella. ¡Qué virtudes tan excelentes descubre nuestra Señora en esta ocasión! Pondera primeramente su grande amor al recogimiento, que guardó con tanto gusto, que, cuando la ley no lo mandara, gustara Ella de estar aquellos cuarenta días en su rincón, apartada del tráfago y bullicio del mundo, y atenta solamente á contemplar las grandezas inefables de su Hijo, y á criarle con amor; y con Él se hallaba tan harta y contenta, que no echaba menos la compañía de todo el mundo. Admira luego la otra virtud excelente que te enseñó en este día, que fué grande amor á la pureza y limpieza de corazón, dando de ella muestras en que, con ser purísima, gustó de purificarse más, guardando la ley de la purificación, de la cual ninguna necesidad tenía, á fin que de Ella pudiese decir su Amado: «Toda eres hermosa, amiga mía, y en ti no hay mancha alguna». Vuelve ahora sobre ti los ojos, y, al ver las muchas culpas y pecados que afean tu alma, y la libertad que tienes en el mirar, andar y hablar, y la repugnancia que sientes á la soledad, recogimiento y silencio, no podrás menos de confundirte y avergonzarte, viéndote tan lejos de imitar estas dos virtudes de María. La causa de esto es porque, muy distraído en las cosas exteriores, entras pocas veces y aun sin detenerte dentro de ti mismo, donde mora Dios; por lo cual, faltándote el consuelo exterior y careciendo del interior, vives triste, el silencio se te hace insoportable, la soledad un destierro y el recogimiento un suplicio. Si, imitando á tu Madre, te acostumbres á hablar con Dios y á escuchar su divina voz

¹ Levit., xii, 2. — ² Cant., iv, 7.

en lo secreto de tu corazón, hallarías en el retiro todo tu contento y vida. Pues, ¿qué te conviene practicar para esto? ¿En qué te debes reformar? ¡Oh Madre amante! Cierto es que apenas he entrado en el camino interior, y por esto los primeros pasos de él se me hacen muy ásperos; por aquel santo recogimiento que tuvisteis en compañía de vuestro Hijo, os suplico me alcancéis amor á la soledad y al retiro, para oír en él la dulce voz de mi Amado.

Punto 2.º *En la purificación ejercitó María la obediencia y la humildad.*—Considera cómo María ejercitó también en su purificación la más heroica obediencia. Ella sabía perfectamente que no estaba obligada á guardar esta ley, pues no había concebido por obra de varón, y tanto la concepción del divino Hijo como su nacimiento, se habían obrado milagrosamente, sin padecer ningún detrimento su integridad virginal; con todo, quiso cumplirla enteramente, como cumplió su Hijo la ley de la circuncisión, por conformarse con las demás mujeres y por guardar las leyes comunes á todos, sin querer exención, ni privilegio, ni dispensación, ni usar de epiqueyas ó interpretaciones, aun en lo que pudiera lícitamente usarlas. Y así, cumplidos los cuarenta días, con gran puntualidad y presteza se puso en camino para Jerusalén, con rara modestia y alegría, gozándose con el Hijo que llevaba en sus brazos, de cuyo ejemplo aprendía este modo de obedecer. Con esta obediencia juntó otra virtud que siempre la acompaña, y sin la cual difícilmente existe, cual es la humildad. Por ella María consintió en ser tratada como inmunda y como quien tenía necesidad de purificarse, como si no fuese virgen, mostrando en esto grande amor á la pureza y humillación, con cuyo ejemplo te has de confundir de verte tan soberbio, y deseoso de que te tengan por limpio y santo, siendo por otra parte pecador, y tan sucio y abominable, que tus justicias, como dijo el profeta Isaiás¹, son como paño manchado con asquerosa sangre. Y no menos debes confundirte de ver tu poca ó ninguna obediencia, buscando siempre pretextos y excusas para eludir los preceptos de tus superiores, ó pidiendo dispensas, ó dando interpretaciones arbitrarias, con el fin de echar de ti el yugo de la ley. ¡Oh Virgen humildísima y obedientísima! Ya no me admira, al veros tan obediente, que hayáis triunfado de todos vuestros enemigos, y que, siendo tan humilde, hayáis atraído el corazón y los ojos de Dios. Lo que me admira, espanta y hace temblar es que, viéndoos tan obediente, sea yo tan rebelde, y que vuestra humildad no haya vencido mi soberbia. ¿Hasta cuándo menospreciaré estas dos virtudes tan esenciales, y que con tanta perfección me enseña María?

Punto 3.º *En su purificación ejercitó María la pobreza*

¹ Isai., LXIV, 6.

y la devoción.—Considera cómo María en su purificación quiso enseñarte el amor tan entrañable que tenía á la pobreza, hermana de la humildad, dándote ejemplo muy visible de ella, para aficionarte á una virtud que es como la puerta para entrar en la escuela del Salvador. Quizá pudo María, con el oro que le dieron los Magos, comprar un cordero y ofrecerle al Señor, como lo hacían las mujeres ricas y nobles; pero, prefirió tratarse como pobre, y ofrecer el sacrificio que estaba señalado para los pobres, que eran dos tórtolas ó dos palominos. Aprende de María á contentarte con parecer y ser verdaderamente pobre, y no sólo en el espíritu, esto es, de corazón, teniéndole desprendido de las cosas terrenas, sino también en la realidad. Si así lo dispone aquel Señor, que, siendo riquísimo y dueño de todo, al venir al mundo quiso verse privado de todo, hasta morir desnudo, sediento y desangrado en la cruz. Pondera, finalmente, la otra virtud excelente que practicó María, que fué gran devoción y reverencia con que dió esta ofrenda al sacerdote, pidiéndole con grande humildad rogase á Dios por Ella, siendo Ella tal que podía rogar por todos. Con estas virtudes añadió la Virgen Santísima muchos afectos vivísimos de intención pura y derecha, no buscándose en nada á sí misma, ni su gloria ó alabanza, sino sólo la gloria de Dios, encendidos con el fuego de la caridad más ardiente y resplandecientes con el oro de la celestial sabiduría. ¡Oh Virgen sacratísima! Gózome de veros tan rica de virtudes y tan diligente y cuidadosa en ejercitarlas; ahora veo con cuánta verdad sois azucena entre espinas, porque en vuestra comparación nosotros estamos afeados y denegridos con las espinas de nuestros pecados, y Vos sois azucena blanquísima y purísima, enriquecida con soberanas virtudes. ¡Oh alma mía! ¡Si tú lograses poseer la virtud de la pobreza y de la devoción que tanto adornaban á tu santísima Madre! ¿Cuándo y en qué cosas las puedes ejercitar?

Epílogo y coloquios. Modelo perfecto y ejemplar acabado de delicadas virtudes se ostenta María en su purificación. Su amor al retiro la retiene por cuarenta días en su casa, antes de ir á Jerusalén á cumplir las prescripciones de la ley; y allí está tan contenta, se halla tan gozosa, disfruta de tales delicias, ocupada en la contemplación y servicio de su divino Hijo, que no siente el verse privada de la compañía de los hombres. El celo por la pureza y limpieza de su alma obligala á guardar la ley de la purificación, por más que ninguna necesidad tenía de ella. ¡Cuánta fué su obediencia! Por ella se sometió á una ley afrentosa, que de ningún modo la comprendía, sin desear exenciones, ni dispensas, ni buscar interpretaciones de ninguna clase, por las cuales pudiese apartarse de su dominio. ¡Cuán profunda fué su humildad! Siendo santísima, se presenta como pecadora; siendo Virgen singular, quiere pasar por una mujer ordinaria como las otras; habiendo concebido milagrosamente, oculta esta gracia, sujetán-

dose al precepto, que sólo ha sido impuesto á las mujeres que conciben y dan á luz según el orden natural. ¿Qué podrás decir de su pobreza? ¿Qué de la devoción con que se presentó al templo para poner en manos del sacerdote su ofrenda y pedirle sus oraciones? Verdaderamente, María, sois en todas las cosas admirable. Ya no me maravilla oír á los ángeles, que, al veros tan rica de virtudes, tan olorosa de buenas obras, tan abastecida de méritos, y apoyada en vuestro Amado, asombrados pregunten por vuestro nombre. Y nosotros, ¿amamos á María? ¿Imitamos sus excelentes virtudes? ¿Somos, á semejanza de Ella, humildes, obedientes, recogidos, pobres y devotos con el Señor? Lloremos nuestra reprensible tibieza; resolvámonos á seguir desde hoy un camino opuesto, y al efecto importunemos al Señor con fervientes súplicas, rogando por nosotros y por todo el mundo.

20.—PRESENTACIÓN DEL NIÑO JESUS AL TEMPLO

PRELUDIO 1.º María presentó á su Hijo en el templo, ofreciéndolo al eterno Padre, y después lo redimió, pagando por Él el precio señalado.

PRELUDIO 2.º Representate á María en este suceso de su vida, ofreciendo á Jesús.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de saber imitar la devoción y desprendimiento de María.

Punto 1.º *María presentó y ofreció á su Hijo en el templo.*—Considera cómo la ley de los hebreos mandaba que todos sus primogénitos fuesen ofrecidos á Dios, como santos, y dedicados y consagrados á su servicio y honor, en reconocimiento de la merced que les hizo en sacarles de Egipto, matando en una noche todos los primogénitos de los egipcios. En cumplimiento de esta ley, la Virgen nuestra Señora llevó á su Hijo al templo para ofrecerlo al eterno Padre¹. Pondera aquí el espíritu y devoción con que María haría este ofrecimiento tan excelente, en su nombre y de todo el linaje humano, al Padre celestial, y los fines porque le haría. Diríale con el mayor afecto: «Veis aquí, ¡oh Padre eterno!, á vuestro Unigénito en cuanto Dios, y primogénito mío en cuanto hombre, el que era representado por todos los primogénitos que hasta aquí se os han ofrecido, y cuya ofrenda habéis tanto deseado. Yo os le ofrezco con todo mi corazón en hacimiento de gracias de habermele dado; pues no tengo cosa más copiosa que ofrecer: vuestro es, tomadle para Vos, en quien estará más bien empleado que en mí». Con estos mismos afectos de devoción, caridad para con los hombres y deseos de su bien, le ofrecería por la salud de todo el mundo y para que su redención fuese muy copiosa en olor de santidad. Recordaría al Padre eterno que su ofrenda, por razón de lo que ofrecía, era infinitamente más santa que la de Abraham, más copiosa que

¹ Exod., XIII, 2.

la de Abel, más suave que la de Noé, y más excelente que todas las que ordenó Moisés, y, fundada en estos títulos, le pediría fervorosamente la aceptase, y que por ella se dignase hacernos bien. Mira cómo María, de tal modo ofreció á su Hijo por todo el mundo, que también le ofreció por ti en particular; y examina cómo agradeces á tu santísima Madre esta tan preciosa dádiva, y ofrécete todo á su servicio y amor. ¡Oh Madre bondadosísima! Gracias os doy cuantas puedo por esta ofrenda tan soberana que hacéis de vuestro Hijo por mi salvación. Yo, por mis pecados, me había hecho indigno de que os acordaseis de mí; mas, pues soís tan generosa, que por mi amor os desprendéis de vuestro tesoro, yo también por amor vuestro me desprendere de todas las cosas y de mí mismo para servirlos. ¿Son estos los sentimientos de nuestro corazón? ¿Mostramos de algún modo nuestro agradecimiento á María?

Punto 2.º *María rescató por cinco siclos á su Hijo.*—Considera cómo también mandaba la ley que los primogénitos, luego de presentados, fuesen redimidos por cinco siclos por sus padres, los cuales con esta paga volvían á tener perfecto dominio sobre ellos. Esta ceremonia practicó también la Virgen Santísima en esta ocasión; porque el Padre eterno, á quien ofreció el Niño, no quiso quedarse, ni alzarse con lo que se le dió, sino de nuevo quiso darle al mundo, y vendersele por su bien, dando muestras muy excelentes de su infinita bondad y caridad. Y así María, en nombre de todo el mundo, lo compró y redimió, para criarle como hijo suyo; pero tampoco quiso alzarse con Él, sino criarle para nosotros y comprarle para que se ocupase en nuestro bien. Pondera qué sentiría la Virgen Santísima al dar los cinco siclos para el rescate de su Hijo; porque por una parte se confundiría de ver que á tan bajo precio se compraba lo que valía más que todo el cielo y la tierra; por otra, bendeciría la misericordia y benignidad del Padre celestial, el cual tan de balde nos da á aquel su Hijo en quien tiene sus complacencias. Ya miraría con ternura á su Hijo, alabándole por el cariño que muestra á los hombres entregándose tan generosa y liberalmente por su rescate; ya fijaría su consideración en el mundo, el cual, á pesar de poder comprar tan fácilmente su dicha y felicidad, loco é ignorante la rechaza, y esto amargaría sumamente el Corazón de esta Madre, la cual no por esto dejó de redimir y comprar á su Hijo, que sabía que se entregaría por esclavo y siervo de los hombres. Aprende de María á comprar á Jesús por cinco siclos, esto es, con la mortificación de los cinco sentidos y con la práctica de las cinco virtudes que te disponen para alcanzar la gracia, que son: fe viva, temor de Dios, dolor de pecados, confianza y perseverancia en cumplir la divina voluntad. ¡Oh Vir-

¹ Exod., XIII, 13; Levit., XXVII, 26.

gen santa! ¿Cómo osáis comprar por tan vil precio á vuestro Jesús? ¿Por cinco siclos compráis á Dios? ¿Y aun no le compráis para Vos, sino para mí? Bendita sea la humildad profundísima de vuestro Hijo y vuestra ardentísima caridad, por las cuales os ruego que me deis tal luz, que nunca venda, ni por todo el mundo, la gracia que me habéis alcanzado.

Punto 3.º *Dolor de María en la profecía de Simeón.*—Considera cómo, estando todavía la Virgen en el templo, entró en él un santo anciano, el cual, viendo al divino Jesús, á quien acababa de rescatar su Madre santísima, iluminado con una celestial claridad, le tomó en sus brazos, y dirigiéndose á María, después de haber dado gracias al Señor por el favor de que disfrutaba, la dijo: «Mira que este Niño está puesto para caída y levantamiento de muchos en Israel, y por señal á quien se ha de contradecir, y tu misma alma será traspasada con un cuchillo». Pondera aquí las trazas de que se vale Dios para aguar los contentos de la Virgen, enseñándote que en este mundo no hay ni puede haber felicidad completa y perfecta. Y así, cuando más gozosa estaba María, ya por haber rescatado á su divino Hijo, ya por las alabanzas que á este Hijo suyo se tributaban, quiere descubrirla los trabajos que ha de padecer el Niño, y el cuchillo de dolor que por su causa ha de atravesar su alma, para que desde luego comenzase á tener atravesado aquel cuchillo, y gustase la amargura de la Pasión. Desde este momento la vida toda de la Virgen fué como un mar tempestuoso, cuyas olas amarguísimas se empujaban unas á otras; la luz que le manifestaba las penas y trabajos de su Hijo era tan brillante, que nada se le ocultaba de cuanto había de padecer; y conforme pasaban los días y los años, el dolor y el temor iba en aumento, porque se aproximaba el tiempo en que habían de tener doloroso cumplimiento los tristes anuncios de Simeón y fatal desenlace de la trabajosa vida de Jesús. Compadécete de esta Madre que tales tormentos padece. ¡Oh Madre de dolor! Muy presto comenzáis vuestra dolorosa carrera, que no ha de terminar hasta que veáis á vuestro Hijo resucitado; preparaos para experimentar Vos también las contradicciones del mundo, porque no es posible que tenga paz aquella Madre cuyo Hijo es objeto de cruel guerra. Dadme, Señora, por este dolor alguna parte en las contradicciones de vuestro Hijo, para que en el cielo tenga parte en sus eternas bendiciones. ¿No nos compadecemos nosotros del dolor de María? ¿No procuramos aliviar su pena siendo dóciles y verdaderos discípulos de Jesús?

Epílogo y coloquios. ¡Con cuánta devoción y con qué espíritu tan agradecido ofrece María al Padre eterno su divino Hijo! ¡Cuánto agradecería este amoroso Padre tal ofrenda!

¹ Luc., II, 34, 35.

Jamás se le había hecho otra de tanto valor y excelencia; ni los sacrificios de Abel, Noé, Abraham y Jacob, ni las ofrendas todas que había ordenado Moisés por su inspiración, habían sido tan aceptas á sus divinos ojos, ni en ellas había hallado otra complacencia que el recuerdo de la que le hace en esta ocasión María. Esta Señora ofrece á su divino Hijo, y el Padre Eterno le mira con agrado, y por su respeto principia á envainar la espada con que amenazaba á los hombres sus hermanos. ¡Bendita sea la caridad del Padre, la misericordia del Hijo y el maternal desprendimiento de María! Mas, aunque el Señor acepta la ofrenda de la Virgen, no se queda con ella, sino que la devuelve al mundo, vendiéndola por cinco siclos, que paga María en nombre propio y de todos los hombres. Mira la generosidad de este Padre que por tan bajo precio te da lo que vale más que el mundo entero; mira el amor de la Virgen á los hombres, que, aunque rescata á su Hijo, no lo rescata para sí, sino para ellos; mira la humildad del Hijo, que consiente ser vendido por tan insignificante cantidad. ¿Qué debes hacer tú por ellos? ¿Cómo has de corresponder á tales muestras de amor? Fija tus ojos en María, la cual, en medio de los gozos santos que le causan las alabanzas que de su Hijo oye, siente atravesado su Corazón por dolorosa y larguísima espada, viendo desplegarse ante sus ojos el espantoso cuadro de las penas y persecuciones de su Hijo. Así sabe el Señor mezclar en la vida de los santos los gozos y los dolores. ¿No te compadeces de tu Madre? ¿No te resignarás en los trabajos? ¿Qué debes hacer para esto? Piénsalo con detención; examina lo que de ti desea María; y, resuelto á darla gusto, forma eficaces y particulares propósitos; ora al Señor que te ayude á ponerlos en práctica y que despache favorablemente todo cuanto deseas obtener.

21.—HUIDA Á EGIPTO.

PRELUDIO 1.º Avisados por un ángel, salieron la Virgen y san José para Egipto, en donde permanecieron, sufriendo grandes privaciones, hasta recibir nuevo aviso del cielo.

PRELUDIO 2.º Representate á María y José huyendo á Egipto.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de saber imitar las virtudes de la Virgen.

Punto 1.º *Obediencia de María al ser avisada por su Esposo.*—Habiendo oído Herodes las cosas que se hablaban de Jesús, y visto que los Magos le habían engañado, resolvió matarle, decretando para esto el degüello de todos los niños de los alrededores de Belén menores de dos años¹. ¡Adónde conduce la ambición y deseo de gobernar no refrenado! El Padre eterno, para librar á su Hijo, envió un ángel á José, cabeza de la sagrada

¹ Matth., II, 13.